

Julio Supervielle

El buey y el asno del pesebre



SOBRE la ruta de Belén, el asno guiado por José conducía a la Virgen: pesaba poco, preocupada como iba de lo por venir en ella.

El buey los seguía, solo.

Llegados a la ciudad los viajeros penetraron en un establo abandonado y José se entregó al momento al trabajo.

«Estos hombres, pensaba el buey, son siempre asombrosos. Mirad lo que logran hacer con sus manos y sus brazos. Eso, sin duda vale más que nuestras pezuñas y cascos. Y nadie se compara a nuestro amo en desarreglar y ordenar las cosas, enderezar lo torcido y torcer lo derecho, hacer lo que hace sin pesar ni melancolía».

José sale y no tarda en volver, trayendo paja sobre sus espaldas, pero una paja, tan viva y asoleada que ella es un comienzo de milagro.

«¿Qué preparan allí?, se pregunta el asno; se diría que preparan un lecho de niño».

«Tal vez habrá necesidad de vosotros esta noche», dice la Virgen al buey y al asno.

Las bestias se miran largamente tratando de comprender, después se acuestan.

Una voz ligera, pero que viene de atravesar todo el cielo los despierta de pronto.

El buey se levanta, constata que hay en el pesebre un niño desnudo que duerme, y con su aliento lo calienta, por partes, sin olvidarse de nada.

Con una sonriente mirada la Virgen le agradece.

Seres alados entran y salen aparentando no ver los muros que atraviesan con tanta facilidad.

José vuelve con pañales prestados por una vecina.

—Es maravilloso, dice con su voz de campesino, un poco fuerte en esta circunstancia. Es medianoche y está como de día. Hay tres soles en vez de uno. Pero ellos se buscan para juntarse.

Al alba el buey se levanta, coloca sus pezuñas con cuidado, temiendo despertar al niño, aplastar una flor celeste o dañar a un ángel. Todo ha ocurrido en forma maravillosamente difícil.

Vienen vecinos a ver a Jesús y a la Virgen. Son pobres gentes que no tienen más que ofrecer que su rostro radiante. Después vienen otros que traen nueces, una flauta.

El buey y el asno se apartan un poco para dar pasada y se preguntan qué impresión le van a dar ellos mismos al niño, que aun no los ha visto. El acaba de despertarse.

—Nosotros no somos monstruos, dice el asno.

—Pero, tú comprendes, con nuestra figura que no es

del todo como la suya, ni como aquella de sus padres, podríamos asustarlo.

—El pesebre, el establo y su techo con las vigas tampoco tienen su figura y sin embargo él no se ha asustado por eso.

Pero el buey no se sentía convencido. Pensaba en sus cuernos y rumiaba.

«Es verdaderamente demasiado penoso no poder acercarse a aquéllos que uno ama, sin dejar de tener un aire amenazante. Es necesario, siempre, que ponga atención para no herir a alguien; y sin embargo no está en mi naturaleza embestir, sin razón grave, a las personas y a las cosas. Yo no soy un malhechor ni un venenoso. Pero donde quiera que vaya heme aquí de pronto con mis dos cuernos, me despierto con ellos, y aun cuando estoy abrumado de sueño y me siento ir en un rumor, las dos puntas, las dos, duras, están ahí sin olvidarme. Y yo las siento al extremo de mis sueños en medio de la noche».

Un gran miedo sobresaltó al buey ante el pensamiento de que él estaba tan cerca del niño calentándolo. ¡Y si él, por descuido, le hubiera dado una cornada!

—Tú no debes aproximarte demasiado al pequeño, dijo el asno, que había adivinado el pensamiento de su compañero. No hay ni que pensarlo, tú lo herirías. Y además podrías dejar caer sobre él un poco de tu baba que tan mal retienes y eso no estaría bien. Por lo demás, ¿por qué babeas así cuando estás feliz? Guarda

eso para ti. No tienes necesidad de mostrarlo a todo el mundo.

(Silencio del buey).

—Pero yo voy a ofrecerle mis dos orejas. Tú comprendes, esto se mueve, y en todos los sentidos, no tiene huesos, es dulce al tacto. Da miedo y advierte a la vez. Justamente lo que es necesario para agradar a un niño, y es instructivo a su edad.

—Sí comprendo; jamás he dicho lo contrario. No soy estúpido. Pero como el asno parecía demasiado contento, el buey agregó:

—Pero no vayas a ponerte a rebuznar ante su rostro, lo matarías.

—¡Campesino! dijo el asno.

El asno se mantiene a la izquierda del pesebre, el buey a la derecha, lugares que ocupaban en el momento del nacimiento y que el buey, amigo de un cierto protocolo, gusta particularmente. Inmóviles y deferentes permanecen ahí durante horas, como si posaran para un pintor invisible.

El niño baja los párpados. Tiene apuro en volver a dormirse. Un ángel luminoso lo espera, a algunos pasos del sueño, para enseñarle o quizá para preguntarle alguna cosa.

El ángel sale de súbito del sueño de Jesús y aparece en el establo. Después de inclinarse ante aquél que acaba de nacer, pinta un nimbo muy puro alrededor de su cabeza Y otro para la Virgen y un ter-

cero para José. Después se aleja en un asombro de alas y de plumas, cuya blancura siempre renovada y sonora se parece a aquella de las mareas.

—No ha habido aureola para nosotros, constata el buey. El ángel tiene seguramente sus razones para ello. Somos, el asno y yo, demasiado poca cosa. Y además, ¿qué hemos hecho para merecer este nimbo?

—Tú ciertamente no has hecho nada, pero olvidas que yo he llevado a la Virgen.

El buey piensa para sus adentros:

—¿Cómo es posible que la Virgen tan bella y tan ligera ocultara este bello niño?

Pero quizás él ha debido pensar demasiado fuerte, porque el asno le responde:

—Hay cosas que tú no puedes comprender.

—Porque dices siempre que yo no comprendo. He vivido más que tú. He trabajado en la montaña, en la llanura y cerca del mar.

—Ese no es el asunto, dice el asno.

Pues:

—No sólo hay aureola. Estoy seguro, buey, que no te has fijado que el niño parece bañado en una especie de polvo maravilloso, o mejor es algo más que polvo.

—Es mucho más delicado, dice el buey. Es como una luz, un vapor dorado que mana del pequeño cuerpo.

—Sí, pero tú dices eso para hacer creer que tú lo has visto.

—¿Que no lo he visto?

El buey arrastra al asno a un rincón del establo donde el rumiante ha dispuesto, en signo de adoración, una rama delicadamente rodeada de briznas de paja que figuran muy bien las irradiaciones de la carne divina. Es la primera capilla. Esta paja, el buey la había traído de afuera. No se atrevía a tocar aquélla del pesebre: como era buena para comerla le tenía un temor supersticioso.

El buey y el asno han ido a pastar hasta la noche. Aun cuando las piedras, por costumbre, demoran tanto tiempo en comprender, había ya muchas en el campo que lo sabían. Hasta encontraron un pequeño guijarro que por un ligero cambio de color y de forma, les advirtió que estaba al corriente.

Había también flores silvestres que sabían y debían ser apartadas. Era un difícil trabajo el de pastar en el campo sin cometer sacrilegio. Y comer parecía al buey cada vez más inútil. La felicidad lo saciaba.

También antes de beber se preguntaba:

—¿Y esta agua sabe también?

En la duda prefería no beber y se iba un poco más lejos hacia un agua turbia que, manifiestamente, lo ignoraba todo.

Y a veces nada se le revelaba sino una dulzura infinita en su garganta en el momento en que tragaba el agua.

—Muy tarde, pensaba el buey, no debí beberla.

Osaba apenas respirar; el aire le parecía algo sagrado y al corriente también del secreto. Temía aspirar un ángel.

El buey estaba avergonzado de no comportarse siempre tan bien como lo hubiera querido.

«Y bien. Habrá necesidad de ser mejor que antes. He ahí todo. No hay más que poner atención. Cuidar donde pongo mis pies».

El asno se sentía desembarazado.

El sol entró en el establo y las dos bestias se disputaron el honor de darle sombra al niño.

—Un poco de sol no estaría mal quizás, pensaba el buey, pero el asno va a decir todavía que yo no entiendo nada.

El niño continuaba durmiendo y a veces, en su sueño, reflexionaba, y fruncía las cejas.

Un día, con el hocico, el asno volvió de un lado al pequeño, mientras la Virgen respondía desde el umbral de la puerta, a las mil preguntas que le hacían los futuros cristianos.

Y María, volviéndose cerca de su hijo tuvo un gran miedo: ella se obstinaba en buscar el rostro del niño donde ella le había dejado.

Comprendiendo lo que acababa de suceder, dió a entender al asno que convenía no tocar al niño. El buey asintió con un silencio de una calidad excepcional. El sabía dar a su mutismo un ritmo, matices, una puntuación. Durante los días fríos se podía seguir fácilmente los movimientos de su pensamiento por la longitud de la columna de vapor que se escapaba de sus narices. Y darse cuenta de muchas cosas.

El buey no se creía autorizado para rendir al niño

más que servicios indirectos, atrayendo hacia él las moscas del establo, (todas las mañanas él iba a frotarse el lomo contra una colmena salvaje), o bien aplastando los insectos contra el muro.

El asno espiaba los ruidos de afuera y cuando alguna cosa le parecía sospechosa obstaculizaba la entrada. Al momento el buey se ponía detrás de él para hacer masa. Ambos se hacían tan pesados como podían: tanto como duraba el peligro, sus cabezas y sus vientres se llenaban de plomo y de granito. Pero sus ojos brillaban más vigilantes que nunca.

El buey estaba estupefacto de ver que la Virgen, al aproximarse a la cuna, tenía el don de hacer sonreír al niño. José, a pesar de su barba, lograba lo mismo sin demasiado esfuerzo, sea por su sola presencia, sea porque tocaba la flauta, El buey hubiera querido también tocar alguna cosa. Pero no le era dado hacer otra cosa que soplar.

—Yo no quiero decir mal del amo, pero pienso que no habría podido con su aliento calentar al niño. Y por lo que hace a la flauta, bastaría que yo me encuentre solo con el pequeño: en este caso él no me intimida. Se convierte en un ser que tiene necesidad de protección. Y un buey tiene por lo demás el sentimiento de su fuerza.

Cuando paseaban juntos por el campo, sucedía a menudo que el buey dejaba al asno:

—¿A dónde vas así?

—Vuelve pronto.

A donde vas así, insistía el asno.

—Voy a ver si él no necesita nada. No siempre se sabe.

—Pero déjalo tranquilo.

El buey se iba. Había en el establo una especie de tragaluz—lo que debía llamarse más tarde, por esta misma razón, un ojo de buey—por donde el bovino miraba hacia adentro.

Un día el buey sorprendió que María y José se habían ausentado. Encontró la flauta sobre un banco, al alcance de su nariz, y ni muy lejos ni muy cerca del niño.

«¿Podré hacerla tocar? se dijo el buey que no se atrevía a ir hasta la oreja de Jesús, sino gracias a este intermediario musical. ¿Una canción de labor? ¿el canto guerrero del torito valiente o la ternera encantada?»

A menudo los bueyes hacen creer que rumian cuando en el fondo de su alma cantan.

El buey sopló delicadamente en la flauta y no estuvo del todo seguro si un ángel no le ayudó a obtener sonidos tan puros. El niño se enderezó un poco, de la cabeza y las espaldas, sobre su cama para ver. Sin embargo, el flautista no se sintió contento del resultado. Estaba seguro al menos, que nadie de afuera le había escuchado. Se equivocaba.

Rápido huyó, temiendo que alguien, y sobre todo el asno, entrase y lo sorprendiera demasiado cerca de la flauta.

«Ven a verle, dijo un día la Virgen al buey; por qué no te acercas nunca a mi niño, tú que tan bien lo has calentado cuando estaba desnudo aun?»

Animado el buey se colocó muy cerca de Jesús que, para hacerlo perder toda reserva, le cogió el hocico con las dos manos. El buey retenía su aliento, en vano sin embargo. Jesús sonreía. La felicidad del buey era muda. Había tomado la forma misma de su cuerpo y lo colmaba hasta la punta de los cuernos.

El niño miraba al asno y al buey, aternativamente; al asno un poco más seguro de sí, y al buey que se sentía de una opacidad extraordinaria cerca de ese rostro alumbrado desde el interior, como si a través de ligeras cortinas se hubiera visto pasar una lámpara de una pieza a otra, en una pequeña y ligera vivienda.

Viendo al buey tan tenebroso, el niño se echó a reír.

La bestia no veía muy claro el porqué de esta risa y se preguntaba si el pequeño no se burlaba. ¿Sería preciso mostrarse más reservado aun? ¿O quizás alejarse?

Entonces el niño rió de nuevo y con una risa tan luminosa, tan filial, que el buey comprendió que había tenido razón al quedarse.

La Virgen y su hijo se miraban a menudo muy cerca. Como si se sintieran orgullosos el uno del otro.

«Me parece que no debía ser de otro modo, pensaba el buey, jamás se vió una madre más pura, un niño más bello. Pero por momentos ¡que aire tan preocupado tienen el uno y el otro!».

El buey y el asno se disponían a entrar en el establo. No sin antes haber mirado bien, temerosos de equivocarse:

—Mira pues esta estrella que avanza en el cielo, dice el buey, es muy bella, y me calienta el corazón.

—Deja mejor tu corazón tranquilo, él no tiene nada que hacer con los grandes acontecimientos a los que nosotros asistimos desde hace algún tiempo.

Tú mira lo que quieras, pero yo estimo que esta estrella avanza hacia nosotros. Mira que baja está en el cielo. Se diría que se dirige hacia nuestro establo. Y encima, hay tres personajes cubiertos de piedras preciosas.

Las bestias llegaron hasta el umbral del establo:

—Después de lo que dices, buey ¿qué es lo que va ha suceder?

—Tú me preguntas demasiado, asno. Yo me contento con ver lo que es. Y esto ya es demasiado.

—Lo que es yo, tengo mi idea.

—Quitaos, quitaos, les dijo José, abriendo la puerta. No estáis viendo que obstaculizáis la entrada e impedís a estas personas avanzar.

Las bestias se apartaron para dejar pasar a los reyes magos. Eran tres y uno de ellos, completamente negro, representaba el Africa. Al momento el buey ejerció sobre él una supervigilancia discreta. Quería ver si verdaderamente el negro tenía buenas intenciones con respecto del niño.

Cuando el rostro del negro que debía ser miope se

acercó muy cerca de Jesús para verlo, reflejó, pulido y lustrado como un espejo, la imagen del niño, y esto con tanta deferencia, con un tan grande olvido de sí, que el corazón del buey se sintió atravesado de dulzura.

«Es un buen hombre, pensó. Jamás alguno de los otros dos hubiera podido hacer eso».

Agregó al cabo de algunos instantes:

«Y es aún el mejor de los tres»

El buey acababa de sorprender a los reyes blancos en el momento en que guardaban preciosamente en sus bagajes una brizna de paja que acababan de extraer del pesebre. El mago negro no había querido tomar nada.

Lado a lado, sobre una cama improvisada prestada por los vecinos, los reyes se durmieron.

«Es extraño, pensaba el buey, mantener la corona al dormir, esa cosa dura debe molestar más que los cuernos. Y con todas esas brillantes piedras sobre la cabeza, difícilmente se debe encontrar el sueño».

Dormían sabiamente como estatuas sobre una tumba. Y su estrella brillaba por encima del pesebre.

Justo antes del alba los tres se levantaron al mismo tiempo, con los mismos movimientos. Acababan de ver en sueño el mismo ángel que les había recomendado partir pronto y de no volver cerca de Herodes, celoso, para decirle que habían visto al niño Jesús.

Salieron dejando lucir la estrella encima del pesebre a fin de que cada uno supiese que El estaba ahí.

Oración del Buey:

Es preciso no juzgarme, celeste niño, por mi aspecto turbado e incomprensivo. ¿Acaso no podré un día no asemejarme más que a una pequeña roca que avanza?

Estos cuernos, es bien necesario que lo sepas, son más bien un adorno que otra cosa; quiero además confesarte que nunca me he servido de ellos.

Jesús, pon un poco de tu luz en todas estas pobreza y estas confusiones que hay en mí. Enséñame un poco de tu fineza; tú, cuyos pequeños pies y pequeñas manos están tan minuciosamente unidas a tu cuerpo. ¿Me diras tú, mi pequeño Señor, por qué un día me ha bastado volver la cabeza para verte todo entero? Cómo te agradezco poder estar arrodillado delante de ti, maravilloso niño, y de vivir así en la familiaridad de los ángeles y de las estrellas. A veces me pregunto si no has sido mal informado y si soy yo quien debía estar aquí; tú quizás no habrás notado que tengo una gran cicatriz en el lomo y que me faltan pelos en un costado, lo que es bastante vil. Aun sin salir de mi familia se hubiera podido designar para estar aquí a mi hermano, a mis primos que son mucho mejores que yo.

¿Acaso el león o el águila no habrían sido más indicados?

—Cállate, dijo el asno, qué es lo que tienes para suspirar así, no ves que le impides dormir con esa manera de rumiar.

«Tiene razón, se dijo el buey, hay que saber callar-

se cuando es hora, lo mismo si se siente una felicidad tan grande que uno no sabe donde alojarla».

Pero el asno oraba también:

«Asnos de tiro, asnos de basto, la vida va a ser bella bajo nuestros pasos y en alegres pastales, nuestros hijos esperarán los acontecimientos. Gracias a ti, pequeño hombrecito, las piedras permanecerán en su verdadero lugar al borde del camino y no se las verá caer delante de nosotros. Otra cosa. ¿Por qué?, pues, aun habrá cuevas y aun montañas delante de nuestra ruta? ¿Es que la llanura no sería mejor para todo el mundo? ¿Y por qué el buey que es más fuerte que yo no lleva jamás a nadie sobre el lomo? ¿Y por qué mis orejas son tan largas y no tengo crines en la cola, y mis pezuñas son tan pequeñas y mi pecho es estrecho y mi voz tiene el color de las intemperies? ¿Acaso no es esto, quizás, algo definitivo?»

Durante las noches que siguieron, correspondió tanto a una estrella como a otra estar de guardia, y a veces a constelaciones enteras. Para ocultar el secreto del cielo una nube ocupaba siempre el lugar donde deberían encontrarse las estrellas ausentes. Y causaba maravilla verlas infinitamente alejadas, hacerse bien pequeñas para colocarse encima del pesebre, y guardar para ellas solas su exceso de calor, y su inmensidad, no derramando más que el necesario para calentar el pesebre, y no asustar a un niño. Primeras noches de la cristianidad. La Virgen, José, el Niño, el Buey y el Asno,

eran entonces extraordinariamente ellos mismos. Su propia semejanza que durante el día se dispersaba un poco, y se diluía entre los visitantes, volvía a tomar después de la puesta del sol una concentración y una seguridad maravillosas.

Por intermedio del buey y del asno muchas bestias pidieron que las dejase ver al niño Jesús. Y un buen día un caballo conocido por su amabilidad y rapidez fué designado por el buey, con el consentimiento de José, para convocar desde el día siguiente a todos aquéllos que quisieran venir.

El asno y el buey se preguntaban si se dejaría entrar a las bestias feroces como también a los dromedarios, camellos, elefantes, y todas aquellas bestias que se hacen un poco sospechosas por sus jorobas, trompas y un exceso de huesos y de carne.

La cuestión era válida también para los insectos peligrosos, como los escorpiones, las tarántulas, los grandes mysales, los víperos, para aquéllos y aquéllas que producen veneno en sus glándulas así durante la noche como durante el día, y aun en el alba cuando todo es puro.

La Virgen no vaciló.

—Podéis hacerlos entrar a todos; mi niño está tan seguro en el pesebre, como podría estarlo en lo más alto del cielo.

—Y uno a uno, agregó José en tono casi militar.

Yo no quiero que pasen dos bestias a la vez por la puerta, lo que se les impedirá.

Se empezó por las bestias venenosas; se pensaba que se les debía esta reparación. Pudo notarse el notable tacto con que las serpientes evitaron mirar a la Virgen, pasando lo más lejos posible de su persona. Y salieron con tanta calma y dignidad como si hubiesen sido palomas o perros de guardia.

Había también bestias tan pequeñas que difícilmente se sabía si ellas estaban allí o esperaban aún afuera. Se acordó una hora entera a los átomos para presentarse y dar una vuelta por el pesebre. Expirado el plazo, aun cuando José hubiera sentido, por un ligero escozor en la piel, que no todos habían pasado, dió a las bestias que seguían la orden de mostrarse.

Los perros no pudieron dejar de demostrar su asombro: no se les había permitido permanecer en el establo como al buey y al asno. Cada uno lo acarició en señal de respuesta. Entonces se retiraron llenos de una visible gratitud.

Luego cuando se sintió por el olor que el león se aproximaba, el buey y el asno no estuvieron tranquilos, y tanto menos cuanto que este olor atravesaba, sin poner en ello atención alguna, el incienso y la mirra y los otros perfumes que los reyes magos habían largamente derramado.

El buey apreciaba las generosas razones que motivaban la confianza de la Virgen y de José. Pero dejar

un niño, esta delicada luz, al lado de una bestia cuyo solo aliento podía apagarla de un solo golpe...

La inquietud del buey y del asno crecía al pensar que era decoroso, comprendiendo muy bien, que quedarían totalmente paralizados delante del león. No podían ni pensar en atacarlo como no podrían ir contra el relámpago o el trueno. Y el buey debilitado por el ayuno, se sentía más bien aéreo que combativo.

El león entró con su melena, que jamás había sido peinada sino por el viento del desierto, y sus ojos melancólicos que parecían decir: «Soy el león, qué puedo hacer? No soy más que el rey de los animales».

Se veía que su mayor preocupación consistía en ocupar el menor lugar posible en el establo, y, no era fácil, por supuesto, respirar sin alterar nada a su alrededor, olvidar sus garras retráctiles y sus maxilares movidos por músculos demasiado potentes. Avanzaba con los párpados bajos, escondiendo sus admirables dientes como una enfermedad vergonzosa, y con tanta modestia que parecía pertenecer, a no dudarlo, a la raza de los leones que un día habían de negarse a devorar a Santa Blondina. La Virgen sintió piedad y quiso tranquilizarlo con una de esas sonrisas que reservaba para su niño. El león miró derecho ante sí, como diciendo en un tono mucho más desesperado que antes:

«¿Qué he hecho, pues, para ser tan grande y fuerte? Sabéis que jamás he devorado sino arrastrado por el hambre y las circunstancias. Y además existe el problema de los cachorros. Hemos ensayado en lo posible

por ser hervíboros. Pero la yerba no ha sido hecha para nosotros. Eso no pasa».

Entonces su enorme cabeza, como una explosión de pelos y de crines, se inclinó y se posó tristemente sobre el suelo duro y el pincel terminal de su cola pareció también tan abrumado como su cabeza, en medio de un gran silencio que entristeció a todos.

Cuando le llegó su turno al tigre, éste se aplastó contra la tierra hasta volverse a fuerza de mortificaciones y de austeridades, una verdadera piel para descender del lecho, al pie del pesebre. Después de algunos segundos se reconstituyó entero con un rigor, una elasticidad increíbles y salió sin agregar nada más.

La jirafa mostró un buen rato sus patas en el umbral de la puerta y se consideró unánimemente que eso bastaba como si hubiera dado una vuelta por el pesebre.

Lo mismo ocurrió al elefante: se contentó con arrodillarse ante el umbral y hacer con su trompa una especie de movimiento de ascensor que fué muy del agrado de todos.

Un cordero de largas lanas insistió en que se le trasquilara en el mismo lugar: se le dejó su vellón, dándole de todos modos las gracias.

La madre canguro quiso a toda fuerza dar a Jesús uno de sus pequeños, asegurando que hacía su regalo de todo corazón, que eso no le hacía falta, que ella tenía otros pequeños canguros en la casa. Pero José no lo estimaba así y ella debió llevarse su niño.

El avestruz tuvo más suerte; se aprovechó de un momento de descuido para poner su huevo en un rincón e irse sin ruido. Recuerdo que no fué notado hasta la mañana del día siguiente; el asno lo descubrió. Jamás había visto nada tan grande y tan duro en cuanto a huevo, y creyó en un milagro. José lo desengañó de su creencia: hizo una tortilla.

Los peces no habiendo podido mostrarse a causa de su lamentable respiración fuera del agua, habían delegado en una gaviota la suerte de reemplazarlos.

Los pájaros se iban dejando sus cantos, las palomas sus amores, los cisnes su languidez, los gatos su mirada, las tórtolas la dulzura de su garganta.

Y también hubieran deseado presentarse los animales que aun no han sido descubiertos y esperan un nombre en el seno de la tierra o del mar, en profundidades tales, que para ellos es siempre una noche sin estrellas, ni luna, ni cambio de estaciones.

Se sentía palpitar en el aire el alma de aquéllos que no habían podido venir o habíanse atrasado, u otros que habitando el fin del mundo, se habían puesto en marcha sobre sus patas de insectos tan pequeñas que no habrían podido avanzar más que un metro en una hora y cuya vida era tan corta que apenas si podían aspirar a avanzar cincuenta centímetros, y esto con gran esfuerzo.

También hubo milagros: la tortuga se apresuró, la iguana moderó su paso, el hipopótamo estuvo gracioso en sus genuflexiones, los loros guardaron silencio.

Un poco antes de la puesta del sol hubo un incidente que apenó a todo el mundo. José, fatigado de haber dirigido el desfile todo el día, sin tomar el menor alimento, aplastó con el pie una araña, en un momento de distracción, olvidando que ella venía a ofrecer sus homenajes al niño. Y el rostro trastornado del santo consternó a todo el mundo durante un buen rato.

Algunas bestias de las cuales se hubiera esperado más discreción se retardaban en salir del establo: el buey debió alejar a la garuña, a la ardilla, al tejón, que no querían irse.

Algunas mariposas crepusculares quedaban; se aprovecharon de su color semejante a aquél de las vigas del techo para pasar toda la noche encima del pesebre. Pero el primer rayo de sol las delató y como José no quería favorecer a nadie, las echó inmediatamente.

Las moscas, invitadas también a retirarse, dieron a entender por su mala voluntad en irse que ellas habían estado siempre allí, y José no supo qué decirles.

Las apariciones sobrenaturales en medio de las cuales vivía el buey, le cortaban a menudo la respiración. Habiendo tomado el hábito de retener el aliento a la manera de los ascetas del Asia, se volvió también un visionario, y, bien que con menos facilidad en la grandeza que en la humildad, conoció verdaderos éxtasis. Pero un escrúpulo le guiaba y le impedía imaginar ángeles o santos. El los veía como si realmente se encontrasen en la vecindad.

Pobre de mí, pensaba el bovino aterrado con estas apariciones que le parecían sospechosas, pobre de mí que no soy más que una bestia de carga o quizá el demonio. ¿Por qué tengo cuernos como él, yo que jamás he hecho mal? ¿Y si no fuera más que un brujo?

José no dejó de notar las inquietudes del buey que adelgazaba a la simple vista.

—«¡Id pues a comer afuera!—gritó.—Te estás todo el día allegado a nuestras piernas, pronto no serás más que piel sobre huesos».

El asno y el buey salieron.

—Es verdad que estás flaco, dijo el asno. Tus huesos se han vuelto tan puntudos, que te van a salir cuernos por todo el cuerpo.

—¡No me hables de cuernos!

Y el buey se dijo a sí mismo:

«Tiene razón, sí; es preciso vivir. Anda, coge este bello puñado de pasto. ¿Y este otro? ¿Te imaginas pues que es venenoso? No, no tengo hambre. ¡Qué bello es este niño! Y estos grandes seres que entran y salen y respiran por sus alas siempre batientes. Todo este hermoso mundo celeste que penetra sin salir de nuestro establo. Vamos pues, come, buey, no te ocupes de eso. Y además no es necesario dejarte despertar por la felicidad que viene a tirarte las orejas en medio de la noche. Ni permanecer tanto tiempo cerca del pesebre sobre una sola rodilla, porque eso te hace mal. Tu cuero de buey está demasiado usado ya con el roce de los huesos; un poco más aun, y las moscas van a introducirse por las desgarraduras».

Una noche tocó a la constelación del Toro estar de guardia encima del pesebre, sobre un espacio de oscuro cielo. El ojo rojo de Aldebarán lucía magnífico e inflamado muy cerca. Y los cuernos, los costados de la bestia astronómica se adornaban de enormes pedrerías. El buey estaba orgulloso de ver al niño tan bien guardado. Todos dormían apaciblemente, el asno con las orejas abatidas y confiadas. Pero el buey, si bien fortificado por la sobrenatural presencia de esta constelación pariente y amiga, se sentía lleno de debilidad. Pensaba en sus sacrificios por el niño, en sus vigiliias inútiles, en su deficiente protección.

«¿Es que la constelación del Toro me ha visto?, pensaba. ¿Ese gran ojo rojo estrellado, que brilla hasta dar miedo, sabe que estoy aquí? Esas estrellas están tan altas, están tan distantes, que ni siquiera se sabe de qué lado ellas miran».

De súbito José que se agitaba desde hacía algunos instantes sobre su cama, se levanta, dirige los brazos al cielo. El, que por costumbre muestra tanta medida en sus gestos y sus palabras, he aquí que despierta a todo el mundo, incluso al niño.

«He visto al Señor en sueños. Debemos partir sin tardanza. Sí, a causa de Herodes que quiere apoderarse de Jesús».

La Virgen toma al niño en sus brazos como si el rey de los judíos estuviese ya allí, en el umbral de la puerta, un cuchillo de carnicería en la mano.

El asno se pone de pie.

—¿Y éste?—dice José a la Virgen mostrando al buey.

—Me parece muy débil para venir con nosotros.

El buey quiere demostrar que no tiene nada. Hace un enorme esfuerzo para levantarse, pero jamás se ha sentido tan amarrado al suelo. Entonces, implorando socorro mira la constelación del Toro. Sólo cuenta con ella para tener la fuerza de partir. El celeste bovino permanece impasible, la pupila siempre roja e inflamada, y siempre de perfil mirando hacia el buey.

—Hace muchos días que no come—dice la Virgen a José.

«¡Oh! Comprendo muy bien que van a dejarme aquí. Esto era demasiado bello, no podía durar. Por otra parte, yo no habría sido en la fuga por los caminos más que un espectro huesoso y retardatario. Todas mis costillas ya están hartas de mi piel y no piden más que sentirse libres bajo el cielo».

El asno se acerca al buey, frota su hocico contra el del rumiante para hacerle saber que la Virgen acaba de recomendarlo a una vecina y que no le faltará nada después que partan. Pero el buey, los párpados semicerrados, parece absolutamente anonadado.

La Virgen lo acaricia y exclama:

—¡Pero si nosotros no nos vamos de viaje, bien entendido. Era solamente para darte un susto!

—Eso no hay ni qué decirlo, nosotros volveremos pronto, agrega José, no se va así no más, tan lejos, en medio de la noche.

—La noche está muy bella, continúa la Virgen, y la aprovecharemos para hacer tomar aire al niño, ha estado un poco pálido estos días.

—Es absolutamente cierto, dice el santo.

Es la piadosa mentira. El buey lo comprende y no queriendo molestar a los viajeros en sus preparativos, simula caer en un profundo sueño. Es su manera de mentir.

—Está dormido, dice la Virgen, pongamos paja del pesebre cerca de él para que no tenga necesidad de nada cuando se despierte. Dejémosle la flauta al alcance de su aliento, continúa en voz baja, le gusta tocarla cuando él esta solo.

Se disponen a salir. La puerta del establo cruje.

—Hubiera debido aceitarla, piensa José, que teme despertar al buey, pero éste simula siempre dormir.

La puerta vuelve a ser cerrada con cuidado.

En tanto que el asno del pesebre se convierte poco a poco en el asno aquel de la fuga al Egipto, el buey permanece con los ojos fijos sobre esta paja donde antes reposaba el niño Jesús.

Sabe que jamás la tocará como tampoco la flauta.

La constelación del Toro, de un salto, alcanza el cenit y de una sola cornada se fija en el cielo, en el lugar que ya no debía dejar jamás.

Cuando la vecina entró, un poco después del alba, el buey ya había cesado de rumiar.

(Versión de E. Molina Ventura).